

Sal y Luz

Domingo XXV Tiempo Ordinario (A)- 20 de Sept. de 2020

Nº44 Parroquia San Carlos Borromeo

En realidad, esta «injusticia» del jefe sirve para provocar, en quien escucha la parábola, un salto de nivel, porque aquí Jesús no quiere hablar del problema del trabajo y del salario justo, ¡sino del Reino de Dios! Y el mensaje es éste: en el Reino de Dios no hay desocupados, todos están llamados a hacer su parte; y todos tendrán al final la compensación que viene de la justicia divina —no humana, ¡por fortuna!— es decir, la salvación que Jesucristo nos consiguió con su muerte y resurrección. Una salvación que no ha sido merecida, sino donada, para la que «los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos» (Mt 20, 16). (Papa Francisco, 24.9.2017)



¿Vas a tener tu envidia porque yo soy bueno?

(Mt 20, 1-16)

COMENTARIO

1ª lectura: Is 55, 6-9: *Mis planes no son vuestros planes*

Salmo Resp. 144: *bendeciré al Señor eternamente*

2ª lectura: Flp 1, 20-24. 27 : *Para mí la vida es Cristo*

Evangelio: Mt 20, 1-16: *¿Vas a tener tu envidia porque yo soy bueno?*

El denario es Cristo, nuestra Vida es Cristo

1.- Introducción:

En la parábola de los jornaleros de la viña hay que tener muy en cuenta lo que realmente se quiere mostrar. Se pone de relieve su libertad: *¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?* Y también su bondad: *¿o vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?* Ciertamente se puede aplicar la parábola al judaísmo y al paganismo: los judíos han trabajado en la viña desde el amanecer; los paganos, en cambio, vinieron al caer la tarde. Pero de hecho los dos pueblos reciben su salario conforme a una bondad libre y desmesurada de Dios, pues la alianza con Israel era ya la expresión de un comportamiento libérrimo y desbordante de bondad por parte de Dios. Mas la parábola es significativa para todos los tiempos y para todos los pueblos que quieran comprender el pensamiento fundamental de Jesús.

La primera lectura de este domingo expresa drásticamente la superioridad de los pensamientos de Dios sobre la idea humana de la justicia y la equidad: los caminos del Señor están tan por encima de los pensamientos humanos como lo está el cielo de la tierra. Y el pensar y obrar divinos están caracterizados precisamente como misericordia y perdón, que como gracia seguramente incluye en sí la exigencia de la conversión; esto, considerado desde el punto de vista de la gracia, no es más que lo justo.

En este capítulo 55 de Isaías se recogen algunos oráculos que constituyen una llamada a la conversión a Dios, a beneficiarse de sus dones salvíficos que se reparten gratuitamente: *Venid a las aguas* (v. 1), *venid a Mí* (v. 3), *buscad al Señor* (v. 6), *que el impío deje su camino* (v. 7). En su origen la llamada se dirige a los exiliados en Babilonia, para que vuelvan a Jerusalén; pero la exhortación trasciende cualquier concreción histórica para convertirse en permanente y universal.

Este texto que se lee en la liturgia dominical es, como todos ellos, una llamada a la conversión. Para volver a la patria antes es necesario volver a Dios, *buscarle* (vv. 6-7). Y el Señor, que se deja encontrar y no juzga a la manera de los hombres, tiene la capacidad de conceder el perdón (vv. 8-9). Se enseña así que la llamada a la

conversión se fundamenta en la bondad de Dios que es *pródigo en perdonar* (v. 7). El hombre, por su parte, no debe dejar pasar esa oportunidad que Dios le brinda. Estas palabras se convierten así en un continuo estímulo para volver a empezar en la lucha ascética: «Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas espirituales y dar alegremente, porque “Dios ama al que da con alegría” (2 Co 9,7)» (Juan Pablo II, Novo incipiente, 8-IV-1979). Y San Agustín, urgiendo a la conversión, escribía: *No digas, pues: “Mañana me convertiré, mañana agradaré a Dios, y todas mis iniquidades de hoy y de ayer se me perdonarán”. Dices verdad al afirmar que Dios prometió el perdón a tu conversión; pero no prometió el día de mañana a tu dilación*» (S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 144,11). Las palabras del v. 8 son evocadas por San Pablo en Rm 11,33 y evidencian cómo en numerosas ocasiones hacemos planteamientos pequeños o nos quedamos cortos ante las grandes cosas que Dios nos tiene preparadas.

San Pablo nos ofrece en la segunda lectura una reflexión profunda: ¿En qué consiste para él la mejor imitación de la bondad de Dios? Mientras que los hombres desean tener una larga vida, Pablo, por el contrario, querría morir para estar con Cristo. Pero, más allá de este deseo ardiente, la voluntad de Dios podría ser que Pablo permaneciera en esta vida por el bien de la comunidad y que dé fruto en la tierra. El no elige, sino que deja a Dios elegir lo mejor. **Lo mejor no está, como muchos piensan, en el aumento constante de las buenas obras y del compromiso apostólico, sino únicamente en la realización de la voluntad de Dios, cuyos planes están tan por encima de los deseos y aspiraciones humanas como lo está el cielo de la tierra. Del mismo modo los pensamientos del propietario de la viña son muy superiores a los de los obreros que trabajan en ella poco o mucho;** en todo caso estos pensamientos son los mejores para cada hombre y con ello también los más llenos de gracia.

2.- San Pablo: mi Vida es Cristo

Uno de los momentos más bonitos que podemos vivir en nuestra vida, es haber encontrado a alguien a quien poder decirle de corazón *tú eres mi vida*. Realmente la vida cambia cuando del corazón sale esa expresión que lo dice todo. Esto quiere decir que cuando tú dices eso, es que reconoces en tu corazón que estás enamorada, que estás enamorado, que tu vida ya está unida para siempre a esa persona que ha cambiado tu vida. Pues esto es lo que le pasó a San Pablo con Jesucristo, con el Señor. San Pablo ha descubierto una luz maravillosa, porque ser

cristiano es estar llamado a tener esa experiencia, a llegar a descubrir que realmente nuestra vida es completamente distinta cuando conocemos de verdad a Jesús, el Señor; y nuestra vida tiene una luz nueva y maravillosa cuando nos enamoramos de Jesucristo, porque la fe tiene su centro en el corazón. Si la fe no baja hasta lo profundo de nuestro corazón, y no se hace relación personal, son ideas, son cosas que sabemos, pero Jesucristo es alguien vivo y real, cercano, presente en el que nos da la vida. **Y qué distinto es leer el Evangelio cuando uno comprende la luz desde la que se puede leer, y es Jesucristo y el amor que Él tiene por nosotros y que yo intento tener por Él, hasta tal punto ha llegado esto en San Pablo, qué fijaos lo que dice: *mi vida es Cristo y una ganancia el morir.***

San Pablo está loco ¿qué está diciendo? Que realmente su vida es Jesucristo y que como él ha pasado a través de la muerte y la ha vencido, que como ha resucitado y está glorioso en el Cielo y nos acompaña en la tierra, mi deseo es estar con Él de la mejor manera posible, y deseo estar ya con Él en el Cielo.

Y San Pablo dice: *pero ciertamente, aunque deseo estar con Él, me doy cuenta de que queda mucho por hacer aquí y que mi presencia entre los cristianos es un bien para vosotros, entonces lo dejo en las manos de Dios porque veo que ambas cosas son buenas.* **Por lo tanto, cuando amamos de corazón al Señor, tenemos una unión con Él en los deseos que Él quiere. Si Él ha bajado a la tierra para hacer una obra decisiva, nosotros también en la tierra descubrimos que hay una gran tarea de Dios, que es de lo que nos habla el Señor en el Evangelio.**

3. parábola de los Obreros de la Viña

Esta parábola ha creado siempre grandes dificultades a los lectores del Evangelio. ¿Es aceptable el modo de actuar del propietario, que proporciona la misma paga a quien ha trabajado una hora y a quien ha trabajado la entera jornada? ¿no viola el principio de la justa recompensa?

La dificultad nace de un equívoco. ¿Se considera el problema de la recompensa en abstracto y en general o en referencia a la recompensa eterna en el cielo? Visto así, el asunto contradice, en efecto, el principio según el cual Dios *dará a cada cual según sus obras* (Rom 2, 6). Pero, Jesús se refiere aquí a una situación concreta, a un caso bien preciso. El único denario, que les viene dado a todos, es el reino de los cielos, que Jesús ha traído a la tierra; es la posibilidad de entrar a formar parte en la salvación mesiánica. La parábola comienza diciendo: El reino de los cielos se parece a un propietario, que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña... **Por lo tanto, es el reino de los cielos el tema central y el trasfondo de toda la parábola.**

El problema es sobre la situación de los hebreos y paganos o de los justos y

pecadores en relación con la salvación anunciada por Jesús. Si los paganos (los pecadores, los publicanos, las prostitutas, etc.) sólo se han decidido por Dios ante la predicación de Jesús, mientras antes estaban lejos (ociosos), no por esto ocuparán en el Reino una posición de segunda división. También ellos se sentarán en la misma mesa y gozarán de la plenitud de los bienes mesiánicos. Y si nos fijamos bien dado que ellos se muestran más disponibles a acoger el Evangelio, que no los así llamados *justos* (los fariseos y los escribas), he aquí que se cumple lo que Jesús dice en la conclusión de la parábola de hoy: *Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.*¹

Dios llama a todos y llama a todas las horas. Hay una llamada universal a trabajar en la viña del Señor. En suma, es un problema más sobre la llamada que sobre la recompensa. Pero ¿qué significa para un laico ir a la viña del Señor? ¿Quizás dejar el propio trabajo y ponerse al servicio directo de la Iglesia y de la evangelización? En ocasiones puede ser eso, **pero también que la vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas.** La viña, en la que el laico cristiano está llamado a trabajar, es **por lo tanto el mundo mismo.** Él debe santificarse precisamente en la ordinaria vida profesional y social.

En conclusión, El Señor nos propone una parábola para decir que el Reino de los Cielos, se parece a un hombre que fue a buscar jornaleros para su viña, es decir, que Dios que está presente y pendiente del mundo está deseando encontrar hombres y mujeres que **le ayuden en la tarea de la evangelización, en la tarea de la salvación.** El Señor anda buscando a quién le escuche y comprenda, que la vida en la Tierra cambia completamente cuando descubrimos que estamos llamados a colaborar con Dios. Hay un plan de Salvación para todos, que pasa por un plan de Salvación para cada uno de nosotros.

El Señor anda buscándonos para decirnos: *cuento contigo, te necesito para difundir la salvación en el mundo.* Alguno puede pensar que ser cristiano es... *bueno...es algo que creo, yo cumplo y luego a vivir la vida.* **Pero nuestra vida cristiana cambia, como de la noche al día, cuando uno se enamora del Señor y comprende que la vida es una tarea maravillosa, compartir el amor que Dios tiene por nosotros y su deseo de salvar.**

Y entonces descubrimos mirando al Señor, que realmente la vida empieza a

¹ Ahora bien, una vez abrazada la fe, entonces, sí que hay lugar para las diferencias. Ya no es idéntica la suerte de quien sirve a Dios durante toda la vida haciendo trabajar sus talentos al máximo, que respecto a quien sólo da a Dios los desechos de una vida.

ser otra cosa cuando uno descubre que todo un Dios tiene necesidad de mí, quiere contar conmigo para hacer el bien, para ser instrumento de su actuación, porque en el fondo sólo puede salvar Dios, pero ciertamente Él cuenta con nosotros. Por lo tanto, descubrimos que realmente nuestra vocación cristiana es algo maravilloso, enamorarse de Jesús y ser colaboradores de su obra.

Danos luz, Señor, para comprender la grandeza de nuestra vida, de la vida que has sembrado en nuestro bautismo. Danos, Señor, ese amor tuyo en el corazón, haznos descubrir la maravilla de ser compañeros tuyos en la obra de la salvación. Sabemos Señor, que la paga eres tú y trabajar contigo, y que nuestro gozo es que todos te descubran, te quieran y que se pongan también a tu servicio. Ayúdanos, Señor, a seguir tus huellas, a ser tus amigos, hacer de ti nuestra vida y a compartir con todos el gozo vivir contigo.

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Agustín de Hipona, Sermón

Pensad que sois vosotros quienes habéis sido conducidos a la viña. Quienes vinieron siendo aún niños, considérense los conducidos a primera hora; quienes siendo adolescentes, a la hora tercia, quienes en su madurez, a la de sexta; quienes eran ya más graves, a la nona, y quienes ya ancianos, a la hora undécima. No os preocupéis del tiempo. Mirad el trabajo que realizáis; esperad seguros la recompensa. Y si consideráis quién es vuestro Señor, no tengáis envidia si la recompensa es para todos igual. Sabéis cuál es el trabajo, pero lo recordaré. Escuchad lo que ya sabéis y realizad lo que oísteis.

Dijimos que el trabajo de Dios es la justicia. Preguntado Jesús cuál era el trabajo que Dios ordenaba hacer, respondió: *Éste es el trabajo de Dios, que creáis en quien él envió* (Jn 6,29). Hubiera podido decir nuestro piadoso Señor: la justicia es el trabajo de Dios. ¿Nos hemos atrevido entonces nosotros, los conducidos al trabajo, a presuponer algo contra el padre de familia? Si el trabajo de Dios es la justicia, como yo dije, ¿cómo va a ser lo que dijo el Señor: que se crea en él, a no ser que la misma justicia consista en creer en él? *Pero he aquí* -dice-, hemos oído al Señor: *Éste es el trabajo de Dios, que creáis en él. Escuchamos de tu boca que el trabajo de Dios es la justicia. Demuéstranos que creer en Cristo es la justicia misma.* ¿Te parece -puesto que ya estoy respondiendo a quien busca y desea cosas justas, te parece que creer en Cristo no es la justicia? ¿Qué es, pues? Da un nombre a este trabajo. Sin duda alguna, si ponderas bien lo que escuchaste, has de responder: *A esto se llama fe. Creer en Cristo se llama fe.* Acepto lo que afirmas: creer en Cristo recibe el nombre de fe.

Escucha tú otro lugar de la Escritura: el justo vive de la fe (Rom 1,17). Realizad la justicia: creed: el justo vive de la fe. Es difícil que viva mal quien cree bien. Creed con todo el corazón, creed sin cojear, sin dudar, sin argumentar con sospechas humanas contra la misma fe. Se llama fe porque se realiza lo que se dice. Cuando se pronuncia la palabra *fides* (Fe) suenan dos sílabas. **La primera es hacer; la segunda es decir***. Te pregunto si crees. Dices: *Creo*. Haz lo que dices y tendrás la fe. Yo puedo oír la voz del que responde, pero no puedo ver su corazón. ¿Pero acaso lo conduje a la viña yo, que no puedo ver el corazón? No soy yo quien lo conduzco, ni quien le juzgo, ni preparo yo el denario de recompensa. Soy un obrero como vosotros; trabajo en la viña según las fuerzas que él tiene a bien darme. Con qué intención trabajo lo ve quien me condujo a la viña. *Me importa*

muy poco, dice el Apóstol, *el ser juzgado por vosotros* (1 Cor 4,3). También vosotros podéis oír mi voz; pero no penetrar en mi corazón. **Presentemos todos nuestro corazón a Dios, para que lo vea, y realicemos el trabajo con ilusión. No ofendamos a quien nos contrata, para recibir con la frente alta la recompensa.**

*Esta argumentación se entiende sólo en latín: Las dos sílabas de Fides (fe) comienzan respectivamente con una «f» de factum (acción) y una «d» de dictum (palabra).

San Efrén, diácono en Siria, doctor de la Iglesia, Diatessaron, 15, 15-17

Estos hombres querían trabajar, pero nadie les había contratado; eran trabajadores, pero sin hacer nada por falta de trabajo y de amo. Seguidamente, una voz les ha contratado, una palabra los ha puesto en camino y, en su celo, no ajustaron el precio de su trabajo como lo habían hecho los primeros. El amo ha evaluado su trabajo con prudencia y les ha pagado tanto como a los demás. Nuestro Señor pronunció esta parábola para que nadie diga: *Puesto que no fui llamado cuando era joven, no puedo ser recibido*. Enseñó que, sea cual sea el momento de su conversión, todo hombre es acogido. [...] *Salió al amanecer, a media mañana, hacia mediodía y a media tarde, y al caer la tarde*: con lo cual da a entender desde el inicio de su predicación, después a lo largo de su vida, hasta la cruz porque es *a la hora undécima* que el ladrón entró en el Paraíso (Lc 23,43). Para que nadie se queje del ladrón, Nuestro Señor afirma su buena voluntad; si le hubieran contratado antes, hubiera trabajado: *Nadie nos ha contratado*.

Lo que damos a Dios es muy poco digno de él y lo que nos da es muy superior a nosotros. Se nos contrata para un trabajo proporcionado a nuestras fuerzas, pero se nos propone un salario mucho mayor que el que merece nuestro trabajo. [...] Se trata de la misma manera a los primeros que a los últimos; *recibieron un denario cada uno* que llevaba la imagen del Rey. Todo esto significa el pan de vida (Jn 6, 35) que es el mismo para todos; es único el remedio de vida para los que lo comen.

En el trabajo de la viña no se puede reprochar al amo su bondad, y nada hay que decir de su rectitud. Según su rectitud da tal como estaba convenido, y según su bondad, muestra su misericordia como quiere. Es para darnos esta enseñanza que nuestro Señor dijo esta parábola, y la resumió con estas palabras: *¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?*

San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor de la Iglesia, *El hombre de la hora undécima*, Catequesis bautismal, 13.

Amigo, no te hago ninguna injusticia (Mt 20,13).

Uno de los ladrones crucificados con Jesús exclamó: «¡Acuérdate de mi,

Señor! Es ahora que me dirijo a ti... No te voy a decir mis obras porque me hacen temblar. Cualquier hombre se siente bien dispuesto hacia su compañero de camino, y aquí me tienes como compañero de camino hacia la muerte. Acuérdate de mi, tu compañero de viaje, no ahora, sino cuando llegues a tu Reino» (Lc 24,42).

¿Cuál es el poder que te ha iluminado, buen ladrón? ¿Quién te ha enseñado a adorar así al que es despreciado y crucificado contigo? ¡Oh luz eterna que iluminas a los que viven en tinieblas! (Lc 1,79) «Ánimo... En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso, puesto que hoy has escuchado mi voz y no se te ha endurecido el corazón (Sal 94,8). Porque Adán desobedeció, pronto fue expulsado del huerto del paraíso... Tú que hoy obedeces a la fe, hoy serás salvado. Para Adán, el árbol fue ocasión de caída; a ti, el árbol te hace entrar en el paraíso...

Oh gracia inmensa e inexpressable: Abraham, el fiel por excelencia, no había todavía entrado cuando entra el ladrón. Pablo se siente lleno de estupor y dice: «¡Allí donde creció el pecado, más desbordante fue la gracia!» (Rm 5,20). Los que habían trabajado todo el día, no habían entrado todavía en el Reino, y a él, el hombre de la hora undécima, se le admite sin hacerle esperar. Que nadie murmure contra el dueño: «No hago ninguna injusticia a nadie. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?» El ladrón quiere ser justo..., me basta su fe... Yo, el pastor, he encontrado la oveja perdida, y la cargo sobre mis hombros (Lc 15,5) porque ella me ha dicho: «Me he equivocado, pero acuérdate de mi, Señor, cuando llegues a tu Reino».

San Agustín, sermón 87, 1-2

1. En el santo Evangelio habéis oído una parábola que se adecua al momento presente. Versa sobre los obreros de la viña. Estamos en la época de la vendimia física; hay, sin embargo, otra vendimia espiritual en la que Dios goza ante el fruto de su viña. Nosotros damos culto a Dios, y Dios nos cultiva a nosotros. Pero nuestro culto a Dios no es tal que con él le hagamos mejor, pues no le tributamos culto con el arado, sino con la adoración. Él, en cambio, nos cultiva igual que un agricultor cultiva a su campo. Por tanto, el hecho de que él nos cultive nos hace mejores, porque también el agricultor con el cultivo mejora su campo. Y él busca en nosotros el fruto: que le demos culto a él. El cultivo que él realiza en nosotros consiste en que no cesa de extirpar con su palabra la mala semilla de nuestros corazones, de abrir nuestro corazón con su palabra como con un arado, de plantar las semillas de los preceptos y de esperar el fruto de la piedad. En efecto, si aceptamos en nuestro corazón este cultivo de forma que le demos culto debidamente, no somos ingratos para con nuestro agricultor, sino que le pagamos

con el fruto que le agrada. Y este nuestro fruto no le enriquece a él, pero a nosotros nos hace más dichosos.

2. Ved y escuchad que —como he dicho— Dios nos cultiva a nosotros. Que nosotros tributamos culto a Dios no es necesario que os lo demuestre. En efecto, toda persona tiene en la boca que los hombres dan culto a Dios. En cambio, que Dios cultiva a los hombres es algo que casi asusta a quien lo oye, puesto que no es habitual decir que Dios cultiva a los hombres, sino que los hombres dan culto a Dios. Debo, pues, demostraros que también Dios cultiva a los hombres, no sea que se piense que he empleado una palabra poco afortunada y alguno discuta conmigo en su interior y, desconociendo lo que he dicho, me reprenda. Lo que me he propuesto demostraros a vosotros es esto: que también Dios nos cultiva; pero ya dije: para hacernos mejores, como al campo. Dice el Señor en el Evangelio: Yo soy la vid y vosotros los sarmientos (Jn 15,5), y mi Padre, el agricultor (Jn 15,1). ¿Qué hace el agricultor? Os lo pregunto a vosotros que sois hombres del campo. ¿Qué hace el agricultor? Pienso que cultiva el campo. Por tanto, si Dios Padre es agricultor, tiene un campo que cultivar del que espera el fruto.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que Dios te bendiga siempre con la Vida de su Hijo Jesucristo!

Gracias por tu visita tan inesperada y sorprendente como fecunda. Nunca dejaré de sorprenderme ante los regalos que nos hace el Señor en el día a día de nuestras vidas.

Si te has acercado a las lecturas de la liturgia de este domingo habrás podido leer unas palabras muy conocidas en labios de San Pablo. *Para mí la vida es Cristo.*

Y es que en la liturgia de hoy, comienza la lectura de la carta de san Pablo a los Filipenses, es decir a los miembros de la comunidad que el apóstol mismo fundó en la ciudad de Filipos, importante colonia romana en Macedonia, hoy norte de Grecia. San Pablo llegó a Filipos durante su segundo viaje misionero, procedente de la costa de Anatolia y atravesando el Mar Egeo. **En esa ocasión, fue la primera vez que el evangelio llegó a Europa.** Nos encontramos en torno al año 50, o sea, cerca de veinte años después de la muerte y la resurrección de Jesús. En esta carta a los Filipenses se encuentra un himno a Cristo que ya presenta una síntesis completa de su misterio: encarnación, *kénosis*, es decir *humillación* hasta la muerte de cruz, y glorificación. **Este mismo misterio llegó a ser una sola cosa con la vida del apóstol san Pablo, que escribe esta carta mientras está en prisión, a la espera de una sentencia de vida o de muerte.** Afirma: *Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia* (Flp 1, 21). Es un nuevo sentido de la vida, de la existencia humana, que consiste en la comunión con **Jesucristo vivo**; Si te fijas bien, querido amigo, no sólo es comunión (abrazo) con un personaje histórico, un maestro de sabiduría, un líder religioso, sino con un hombre en quien habita personalmente Dios. Su muerte y resurrección es la Buena Noticia que, partiendo de Jerusalén, está destinada a llegar a todos los hombres y a todos los pueblos, y a transformar **desde dentro a todas las culturas, abriéndolas a la verdad fundamental: Dios es amor, se hizo hombre en Jesús y con su sacrificio rescató a la humanidad de la esclavitud del mal donándole una esperanza fiable.**

Que María, nuestra madre, madure en la Iglesia de nuestros tiempos numerosos y humildes trabajadores al servicio de un Señor que ha hecho de nosotros y de nuestra Salvación, el centro de su vida como Dios.

Un abrazo y no te olvides de aquellos que muy pronto harán su primera Comunión. Tu amigo, Doroteo